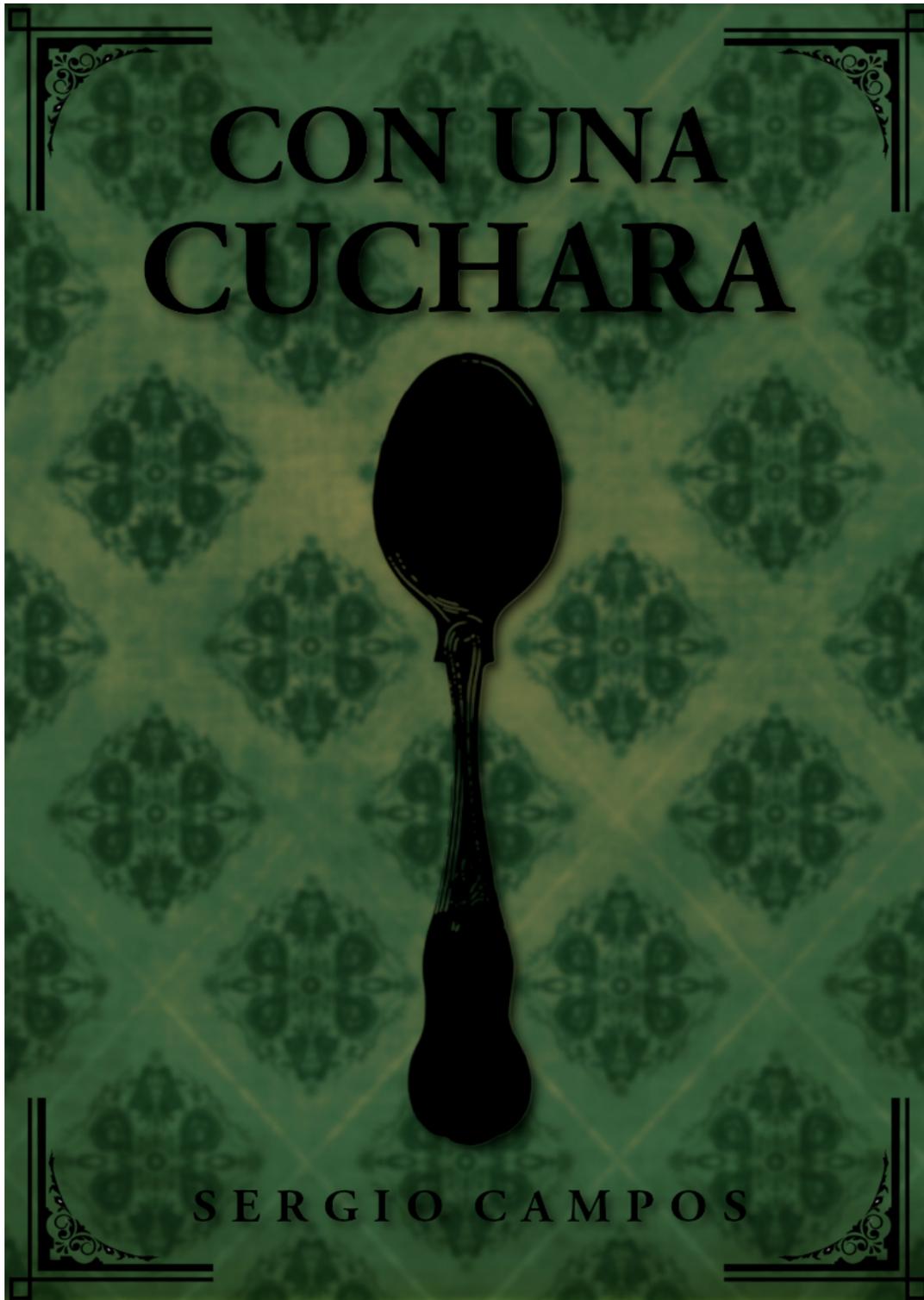


Con una cuchara

Sergio Campos Martínez



Capítulo 1

Los Defoe eran una familia muy humilde, estaba compuesta por el padre, la madre y un único hijo. Andaban siempre justos de dinero y apenas tenían para comer. El padre trabajaba en una carpintería, donde ganaba muy poco y se veía obligado, la mayoría de los meses, a robarle al dueño del taller. La madre, sin embargo, no tenía trabajo, a veces le avisaban para trabajar de sirvienta en alguna casa acomodada. Otras veces se encargaba de limpiar negocios locales. Incluso en las épocas de mayor pobreza, se dedicaba a la mendicidad. Y así la familia iba viviendo con lo poquito que tenían. El hijo era aún pequeño para trabajar, tenía unos once años pero, aunque estuviese en edad de trabajar, no podría. El chico tenía una extraña enfermedad; físicamente estaba impecable, pero su mente... su mente estaba rota. Se pasaba la mayor parte de los días tarareando canciones que se inventaba, otros, sin embargo, estaba como hipnotizado, se sentaba en el suelo y miraba los objetos de la casa sin sacar la vista de ellos. Le obsesionaban sus pensamientos, era muy caprichoso y se empeñaba en conseguir lo que quería. Los padres, obviamente, sabiendo de la inestabilidad mental del niño, intentaban siempre concederle los caprichos, le daban lo que pedía porque generalmente eran objetos triviales, objetos que veía por casa:

-¡Qué bonito ese almohadón! Mamá, quiero jugar con el almohadón.
-Decía Decía el niño con voz infantil-. Dame el almohadón mamá porque tengo que jugar con él. ¡Dame el almohadón mamá!

La madre se compadecía de su pobre niño y le daba lo que pedía. Normalmente al día siguiente se le olvidaba y se encaprichaba de algún juguetito de madera o algún cubierto... cualquier cosa.

Para desdicha de aquella familia, la abuela, que era ciega, quedó recientemente viuda y se fue a vivir con ellos. Debido a esto la madre se tuvo que dedicar completamente a cuidar de la abuela y del niño. Esto empobreció aún más a la familia, puesto que había un estómago más que llenar de pan. Parecería mentira, pero, la pobreza de la familia aumentaba junto con la enfermedad del niño. Pasado un tiempo el niño dejó de pedir objetos y empezó a pedir comida; pero no para comerla, sino para jugar.

-¡Qué bonito ese trozo de carne! Mamá, dame ese trozo de carne.
-Decía el niño con decisión-. Quiero jugar con un trocito de carne mamá,

es mío mamá, idámelo!

Los padres en vez de darle algo que se pudieran llevar a la boca le daban las tripas y los huesos para que jugase.

La locura del niño era cada vez mayor. Empezó a encapricharse de cosas. Cosas que estuviesen vivas:

-¡Qué bonito ese ratón! Mamá, quiero un ratoncito mamá, un pequeño ratoncito para jugar, solo un pequeño ratón mamá... ¡Mamá! Dame un ratoncito, lo quiero, ilo quiero!

Pedía animalitos, pequeñas hormigas, ratones... Pero como la mayoría de las veces no conseguía atraparlos porque eran más rápidos que él, fijó su atención en algo que no se le pudiese escapar. Su abuela. La pobre abuela ciega solía sentarse en un rinconcito del salón, apenas se movía o hablaba porque era ya muy mayor, pero tenía unos grandes ojos azules celestes, casi cristalinos debido a la ceguera. El niño se sentaba en el suelo, justo enfrente de la abuela y observaba durante horas aquellos grandes ojos azules.

Un día, hubo una gran boda en el pueblo, una boda de gente adinerada, y tanto la madre como el padre fueron contratados para trabajar sirviendo a los convidados. No tuvieron más remedio que dejar al niño y a la abuela solos en la casa.

-Hoy tienes que cuidar de la abuelita -le dijo la madre antes de marcharse-. Debes de estar al cuidado, no vaya a levantarse y tropiece.

El niño se quedó solo con la abuela. Estaba sentado en el suelo enfrente de ella, mirándola mientras tarareaba una de sus canciones. Más que mirándola a ella miraba sus ojos. No podía apartar la vista de aquellos relucientes ojos. El niño estaba como en una especie de trance mientras tarareaba... de pronto paró y dijo:

-¡Qué bonitos los ojos de la abuelita! Mamá, quiero esos ojos, esos ojos tan brillantes mamá. ¡Dame esos ojos mamá! ¡Los ojos de la abuelita mamá! ¡Dámelos! -comenzó a ponerse nervioso el hijo al no encontrar respuesta a sus peticiones, cuando de pronto recordó-. Aaah nooo, hoy mamá ha salido y estoy solito con la abuela... bueno, entonces voy a hacer caso de lo que me dice siempre mamá... que no puedo estar pidiendo las cosas, que tengo que valerme por mí mismo, porque ya soy grande. ¡Ay qué contenta se va a poner mamá cuando vea que soy un niño responsable y hago las cosas yo solito!

El pequeño se levantó en dirección a la cocina. Estuvo rebuscando entre los cajones... Volvió al salón tarareando una de sus canciones y se

subió a las piernas de la abuela. En la mano llevaba una cuchara.

CON UNA CUCHARA